

F1232

B 83



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156856

UN ANTIGUO DISCURSO.

En 27 de Septiembre de 1866, fui designado por el Ayuntamiento de Culiacán para pronunciar un discurso relativo á la festividad de ese día, en que se conmemoraba la consumación de la Independencia mexicana.

Ese discurso, cuya lectura tuvo lugar en los últimos meses de la Intervención francesa, en Sinaloa, produjo honda sensación en dicho Estado, porque sus conceptos envolvían una acusación contra la conducta de todos los partidos políticos, que habían tenido en sus manos la administración de los negocios públicos de México, y dió motivo á una contestación semi-oficial por parte de un empleado del Gobierno de la época.

Esta circunstancia movióme á prescindir de la publicación de la pieza oratoria, no fuera á ser que con motivo de ella surgieran discusiones, que yo no creía conveniente suscitar durante las aflicciones de la patria; y ella, la pieza oratoria, quedó sumergida

en el fondo de los cajones que guardan papeles revisables en tiempo futuro indeterminado. Fué revisada por mí con motivo de un cambio de domicilio, después de 37 años de catalepsia, y he creído que antes de morir, debería cumplir la promesa que dejé hecha de publicarla, cuando las condiciones del país lo permitieran. Creo que es llegado el tiempo de hacerlo, y he aquí el trabajo literario referido.

México, Octubre de 1903.

Eustaquio Buelna.

Discurso pronunciado por el Lic. Eustaquio Buelna, en la plaza principal de Culiacán el día 27 de Septiembre de 1866 en conmemoración de igual día del año de 1821, en que se consumó la Independencia Mexicana.

Triste es, Señores, tener que decir, que sólo el hombre es capaz de sufrir y ejercer la tiranía; pero es una verdad incontestable, pues que él solo posee una condición orgánica adecuada para producirla. La tiranía es el abuso del poder social, el poder social no se ejerce sino sobre seres esencialmente sociables como el hombre, y por eso digo que el hombre es el único sujeto, á la par que el único objeto de ese terrible azote.

Apenas nacieron las sociedades, hubo tiranos, semilla fecunda que no se ha perdido ni se extinguirá jamás en el mundo, aunque pese á los generosos adalides de la libertad. Desde Nemrod, el primer rey histórico, hasta Sardanápalo; desde Ciro, el conquistador de Babilonia, hasta Alejandro, el destructor del imperio persa; desde los tiempos de la Roma heroica hasta el anonadamiento de su poder por los bárbaros; en suma en todas las edades hasta la presente, la humanidad ha sido mártir de todos los despotismos, de todas las iniquidades, de todos los tormentos, ha andado esa larga vía dolorosa, cuyo calvario no encuentra todavía para purificarse, y al que no llegará sino al venir la consumación de los siglos.

Forzoso es que el compuesto, cómo es la sociedad, participe de todas las propiedades del simple, como es el hombre. El hombre en el mundo no puede llegar á ser perfecto; la sociedad tampoco puede llegar á serlo. El hombre toda su vida es esclavo de las pasiones, que apenas puede domar; la sociedad es esclava de los tiranos, que no puede acabar de expeler de su seno. Raro será el hombre justificado que no se inspire alguna vez en los consejos del interés, de la ambición, de la intemperancia, del orgullo, que no se extravíe de cuando en cuando por los caminos del mal; y rarísima será la sociedad en que no se ejerza la opresión, ya sistemática, ya accidental, á causa de las imperfecciones de su organismo, inevitables en las obras de los hombres.

La esclavitud y la tiranía, Señores, interrumpidas de cuando en cuando con fugaces relámpagos de libertad, están apoderadas del mundo, imperando donde quiera que el hombre vive en contacto con sus semejantes, y esta no es una exageración, sino una sentencia basada en nuestra naturaleza y en la condición de las sociedades, confirmada con mil ejemplos de la historia antigua y contemporánea.

Y si no, ¿quién no aplaude en el día la Constitución de la Gran Bretaña, cuyo pueblo bajo la monarquía presume gozar de más libertad que muchos otros bajo la república? Sin embargo, la opresión de la Irlanda, la conquista de pueblos sometidos por la fuerza á la condición de colonias, y la sujeción de la India son un mentís á la libertad británica, son unas llagas cancerosas que, agravándose poco á poco, acabarán por producir más ó menos tarde una mudanza en la ponderada Constitución.

La gran república norte-americana, cuyas instituciones políticas y cuyo engrandecimiento portentoso me arrancan un grito de admiración, tampoco es un modelo acabado de libertad, por más que recientemente haya borrado de su Car-

ta fundamental el negro lunar de la esclavitud. Allí el ciudadano vive bajo el yugo del revólver (1). El revólver es el cetro del pueblo. El revólver ahuyenta la policía. El revólver se ha ilustrado matando un presidente. El verdadero republicano profesa el principio de la fraternidad universal, el norte-americano no la profesa. El negro no es su hermano; el hombre de color no es su hermano; el mexicano residente en California no es su hermano, y vive en el vilipendio.

No me digáis de las repúblicas griegas, cuyos hombres grandes fueron un dechado de virtud, y cuyos recuerdos trascienden todavía, á través de tanto número de siglos, las máximas mas puras de libertad y recta justicia. Pero ahí había ilotas; ahí había esclavos; ahí la mujer, nuestra preciosa mitad, estaba desheredada de gran parte de sus derechos naturales y cubierta de ignominia; ahí el Estado era todo, el individuo nada; ahí las exigencias sociales absorbían los derechos personales. Las constituciones de Licurgo y de Solón produjeron héroes, pero también produjeron oprimidos.

No me digáis de la república de los Cincinatos y Camilos, de los Graccos y de los Escipiones, pues también fué la república de los Decéviros y de los Triúnviro, de los Silas y de los Césares. Un pueblo en que la plebe vivió en perpetua lucha con los patricios por mejorar su condición social, hasta que venció y se suicidó en el imperio, no pudo haber sido uu Estado libre, sino un Estado que se esforzó vanamente por serlo.

Yo no comprendo la libertad con mezcla de tiranía, ni con excesos de libertinaje. Pero la libertad pura y sin manilla seguramente no es de este mundo, donde casi puede decirse que todo es obra de las pasiones. En este mundo sólo la entrevemos, velada con el pesado manto de la opresión,

(1) Se refiere á la época en que se pronunció el discurso.

que si en algunas partes se alza ligeramente, en otras cae como un sudario sobre la faz de las naciones.

México, Señores, ha sido una de las que más han sufrido en este respecto. Mexico ha hecho esfuerzos prodigiosos por ser libre, y en México, sin embargo, casi sólo ha imperado la tiranía; lo que parece una paradoja, pero no es sino la más terrible verdad. Aherrojado por trescientos años, desde que la ferocidad de Hernán Cortés nos quiso probar, con el fragor y estruendo de sus armas, y con los suplicios y tormentos de los naturales, la pretendida divinidad, la justificación y la mansedumbre de los reyes de España, sólo vimos el término á nuestra esclavitud, cuando un genio más benéfico, el inmortal Iturbide, aprovechando los sacrificios de los Hidalgo, los Morelos y otros que habían expirado en los combates y en los cadalsos, probó á nuestros dominadores, con hechos ilustres y con la más consumada política, la heroicidad, la capacidad y la suavidad del mexicano, que todavía les pedía reyes para que lo gobernasen independiente.

Pero mientras esperábamos un monarca de borbónica estirpe, continuador de la tiranía colonial, he aquí que de repente se alza uno entre nosotros en medio de un motín popular. Iturbide es aclamado emperador por las turbas de México, la asamblea nacional se vé forzada á confirmar su elección y las provincias todas celebran el advenimiento del héroe, unas deslumbradas por su prestigio, otras arrastradas por el ímpetu de los sucesos, todas mistificadas por lo repentino, imprevisto y grandioso de su elevación. Hubo espontaneidad, si se quiere, en la plebe de la capital, pero en el Congreso y en las provincias no hubo sino presión y alucinamiento.

Esta primera violencia acarreó muchas otras, porque también la fuerza tiene su lógica y engendra hechos de una consecuencia incontrastable. El Libertador atentó poco des-

pués á la soberanía nacional, disolviendo el Congreso constituyente, pero no tardó en oír el grito alarmante y fatídico de República; sus antiguos compañeros de armas lo abandonan; siente que se escapa el cetro de sus manos; abdica, y sale fuera del país, á donde en mala hora pretendió volver sin permiso de sus autoridades, pues acabó su carrera en Padilla, víctima de los celos, de la perfidia y de la ingratitude de algunos de sus conciudadanos.

¡Tremendo ejemplo para los que se desvían del sendero de las leyes, y descuidan conformar sus actos públicos á la voluntad nacional! Aquí veis como el adalid más afortunado de la insurrección mexicana, el que llegó al pináculo de las glorias humanas, dando independencia con su genio y con su brazo á la patria á que debía el ser, comenzó á hundirse en un abismo de infortunios, desde que puso en sus sienes una corona tomada por asalto, ó aceptada de manos de los asaltantes, y llenó al fin con su cadáver esa horrorosa cima que había abierto con sus deslices, después de haber cometido la última imprudencia de aventurarse sin guía y sin apoyo en un país que acababa de expulsarlo, que era ya republicano, y que debía tener su sola presencia como un emblema de monarquía y un botafuego de trastornos públicos y combates fratricidas.

Mas al referir los yerros del último y más glorioso caudillo de nuestra independencia, no olvidemos los raros méritos con que lo adornó la divina munificencia, y las glorias que conquistó y resplandecerán hasta en la más remota posteridad. Tuvo, por cierto, el poco tino de volar, como Icaro, demasiado alto, sin tener muy firmes las alas; cometió la imprevisión de abrir ó permitir que se abriera una serie de motines en el país, cuyo término aún no divisamos, habiendo él propio expiado en uno de ellos su culpa; no tuvo la paciencia y discreción suficientes en esperar los fallos de la

opinión pública y de la representación nacional, únicas competentes para decidir sobre la suerte y gobierno de la joven nación, en la que hubiera tenido derecho á los primeros empleos, á los primeros honores, á las más satisfactorias recompensas; fué mas de su agrado seguir las huellas de Augusto y Napoleón I, que representar el modesto y virtuoso papel de Washington, y prefirió el brillo y grandeza del momento á la inmortalidad de una vida pura y sin mancha.

Pero tuvo también la perspicacia bastante para conocer, cuándo era el momento favorable para la emancipación; grandeza de alma para abrazar la nueva causa, tan llena de peligros y dificultades; talentos políticos para propagarla, y capacidad militar para defenderla y prepararle el más espléndido triunfo. El, mejor que nadie, debió conocer la magnitud de la empresa; la midió, y no se espantó. El hizo cundir por toda la Nueva España el fuego voraz de la insurrección, ya casi extinguido, é inflamó de nuevo el santo amor de la independencia hasta en los más apartados rincones del país.

El Plan de Iguala, con que encabezó su empresa, pasa muy justamente por la combinación más sagaz y más adecuada en aquellas circunstancias anormales para aunar por entonces todos los intereses y hacerlos confluir al objeto de lograr la independencia. Los tratados de Córdoba, que negoció con el postrer virrey que nos mandaba la metrópoli, son el triunfo de la diplomacia nacional en pañales y un testimonio irrecusable de la habilidad de nuestro primer político.

Después de Hidalgo, fué ciertamente Iturbide el héroe más grande de la gloriosa epopeya de nuestra insurrección; después de Morelos fué el capitán más insigne; pero el sólo excede á todos en genio, sagacidad y fortuna, y Dios colmó además sus glorias con el timbre más ilustre, con el de Padre de la nación mexicana, á la que dió segunda vida, librándo-

la de la opresión y servidumbre, que es su título mayor á la inmortalidad y á la gratitud de sus compatriotas.

Por desgracia, Señores, el mal siempre es fecundo, y á veces más fecundo que el bien, al que arrolla y oprime; el mal es entonces como las espinas de la parábola del sembrador, ahogando la buena simiente; es la hidra de siete cabezas, retoñando mil más de cada una que se cortaba. Por esa virtud prolífica, las revoluciones se han reproducido en México con asombrosa multiplicidad, pues el primer ejemplo de ellas lo tuvimos en nuestro primer gobierno, como el primer ejemplo del pecado, se dice, nos vino de nuestro primer padre. Después del tumulto popular que coronó á Iturbide, no tardó en verse una rebelión militar que proclamó la República, y así alternando entre rebeliones y tumultos, ya hechos por el pueblo, ya por la clase militar, hemos venido á parar al estado triste y lamentable que guardamos en la actualidad.

¿Quién de nosotros ignora que la desmoralización ha llegado al extremo de hacerse un pronunciamiento cada año, de adoptarse sin pudor y á cada hora todos los tornasoles políticos, de constituirse cualquiera en intérprete de la voluntad popular, y tiranizar así á su patria, sin más misión que la que les diera Dios en la punta de sus bayonetas y en el templo de su ambición y osadía?

Hemos escuchado á muchos que se decían nuestros profetas y salvadores, que iban á redimirnos de la desventura y nos prometían el elixir de la dicha; casi todos ellos han burlado nuestro candor, nuestra inexperiencia; la mayor parte nos han esquilado; y muy pocos bien intencionados se han visto impotentes por las circunstancias para realizar sus buenos propósitos.

Hemos ensayado todas las formas de gobierno, y en punto á constituciones hemos sido unos verdaderos Proteos. Desde el efímero imperio de Iturbide hasta la época actual, re-